

—Me veré vencido, y nada más. Es lo único que me puede ocurrir. Aceptaré la derrota y sus consecuencias... ¡Pero no será sin lucha!

—¡Para luchar hacen falta armas... dinero!... ¡No tienes ni el primer céntimo!

—¡Es verdad!

—¡De modo... que estás vencido desde un principio!

—¡Quizás!

—¿Reflexionarás?...

—Ya lo he hecho.

—¡Pobre muchacho!

Esta fué la última palabra del sacerdote, palabra de piedad, la misma que hubiera empleado para cualquiera de sus feligreses atacado de peste.

El almuerzo se terminó en el mayor silencio.

Después, el abate, salió con el joven, y enseñándole las cruces de piedra que siembran el cementerio, le dijo:

—¡Cualquier camino que se tome, aquí conduce! ¿Qué es la vida? ¡Un instante! ¡Un paso!

—Esto me lo he repetido cien veces, pero en vano.

Y el anciano, señalándole con el dedo el pórtico de la iglesia:

—Entra y reza—le dijo.

Jaime Fugeret movió negativamente la cabeza.

—He querido hacerlo... No puedo. Hasta la vista, señor cura, y gracias.

Y se alejó sin atreverse á estrechar la mano á aquel amigo, al que acababa de entristecer destruyendo sus ilusiones, y atravesando rápidamente el patio, desapareció en los bosques que

se extienden al lado opuesto y que dependen del castillo.

El abate Aselin le siguió con los ojos tanto tiempo como pudo y murmuró:

—¡Está perdido!

Una voz burlona se oyó detrás de él, que con compasivo acento por tanta credulidad, dijo:

—Hace mucho tiempo que os lo estoy repitiendo, pero no queréis jamás creer lo que se os dice.

Era la voz de Mariana, el ama del excelente cura.

El pobre hombre no contestó; abrió su tabaquera, llenóse los dedos de rapé, lo absorbió fuertemente, como si aquello hubiera podido proporcionarle algún consuelo.

II

Locura de amor.

Después de aquella explicación, que hubiera podido llegar á ser borrascosa sin la perfecta longanimidad del anciano, tan sorprendido como triste por la determinación que acababa de tomar aquel al cual se había acostumbrado á considerar como á hijo, Jaime Fugeret, con el corazón aliviado por aquellas declaraciones, se dirigió hacia el castillo, felicitándose por haber roto la cadena que tenía enroscada á su cuello:

Se veía libre.

¿Pero qué iba á hacer de la libertad?

No conocía el mundo.

No había tenido la menor preparación para

empezar la gran lucha por la vida que él se había propuesto sostener.

Criado en una humilde casa, casi una choza, construida por su abuelo con la ayuda de un albañil y de un carpintero ignorantes; después, pasados algunos años de instrucción primaria, encerrado entre las cuatro paredes de las habitaciones desnudas y frías de un enorme edificio, en el que había sido admitido casi por caridad, no conocía del universo más que el camino que va desde Rennes á Saint-Jean-du-Desert.

Pero este camino lo conocía más bien por haberlo recorrido á pié que en coche, tan libre de equipaje como de dinero, con algunos sueldos en su bolsillo.

No había ido nunca á otra parte.

París, las grandes ciudades, el resto del mundo, las había visto en los mapas, había oído hablar como de países lejanos; toda su ciencia terminaba en esto.

Sin embargo, París le atraía.

Se decía que con una voluntad de hierro, con una gran actividad, lograría abrir brecha como una bala de cañón, á la cual, una vez lanzada, nada detiene.

El primer paso, quizás el que más le costaba, estaba dado.

En cuanto se encontró solo en medio de la maleza, moderó el paso; aspiraba con avidez el aire puro de los bosques; llegaba á una plazoleta, á la cual iban á parar seis avenidas del castillo de la Forge.

De repente se detuvo y se llevó las manos al pecho.

Á cuatrocientos ó quinientos metros de él,

una joven, montada en un caballo bayo, se dirigía á galope tendido y al borde de una zanja que separaba el bosque del parque del castillo.

Aquella joven iba vestida con un sencillo traje negro; llevaba un sombrero de paja del mismo color, adornado con una pluma negra. Sosteníase admirablemente, y parecía dirigir con facilidad su montura.

No la acompañaba nadie.

—¡Ella!—murmuró, al mismo tiempo que una oleada de sangre le enrojecía el rostro.

Llegaba á la zanja.

Levantó el látigo.

De un salto el caballo franqueó el obstáculo y se internó velozmente en una avenida vecina, desapareciendo con la audaz amazona.

Jaime Fugeret hubiera querido seguirla, unirse á ella y hablarla.

Pero la joven estaba ya lejos.

Más de veinte veces, durante aquellas vacaciones que iban á terminar, había tratado de hablarla cuando la encontraba á solas.

Este era su único, su más ardiente deseo y cuando la casualidad les reunía, cuando por ejemplo la señorita de Arvil iba á la choza donde agonizaba la viuda del fabricante de zuecos, su valor le abandonaba en seguida.

Huía.

Una mirada de aquellos hermosos ojos le hacía temblar.

Se estremecía como la hoja del árbol sacudida por el viento ante aquella muchacha á la que hubiera tronchado entre sus dedos, con la misma facilidad que á un junco.

Sin embargo cada día la perseguía más, con

un ardor tanto más tenaz cuanto más empeño ponía ella en esquivar su presencia. Tenía indudablemente que dejar de verla dentro de poco.

¿No estaba obligado á marcharse lejos para ganarse la vida y hacer frente á los obstáculos que le separaban de la fortuna soñada, buscar otro medio de vida del que se había vanagloriado conocer y que estaba tan distante de los planes que el buen abate se había forjado?

Continuaba adelantando lentamente, pensando en la joven que acababa de pasar sin verle siquiera.

¿Qué sería de ellos dos en el porvenir?

No volvería ella también á aquel París donde indudablemente estaba destinada á brillar mientras que el lucharía en el medio á que su destino le encadenara.

¿No tenía ya la joven un pretendiente, un futuro, un prometido, un joven de su rango, con el cual estaba comprometida?

¿Para él estaba por consiguiente perdida!

En medio de aquella soledad, si él se atrevía á hablarla, la joven se vería obligada á escucharle.

¿Qué la diría?

¿Que la amaba ardentemente, con locura, con una de esas pasiones feroces que no retroceden ante un acto de audacia, ante una cobardía, ante una infamia, ante un crimen!

¿Y después?

Se burlaría de él.

De la indiferencia la joven llegaría al desprecio.

¿Qué iría él ganando?

Nada.

¡Y sin embargo si él quería! ¡Si él se atrevía! Estaba absorto en estas reflexiones cuando llegó al sitio por donde la joven había saltado la zanja, y una pesada mano cayó sobre su espalda, y una voz ruda le decía al mismo tiempo:

—¡Eh, señor Fugeret, se medita mucho á lo que se vé! ¿En qué se piensa? ¿En el primer sermón que tendreis que predicar? ¡Buena suerte, demontre!

Jaime Fugeret se volvió.

El hombre que le hablaba llevaba un uniforme verde con botones plateados.

Era el único guarda de la Forge, el hombre de confianza de la condesa.

Las señoras de Arvil no eran severas para los cazadores furtivos y leñadores, y si se ponían denuncias era puramente por fórmula.

Se llamaba Martin Morán. Era un hombre vigoroso, que tenía unos cuarenta años, de larga barba, de un aspecto tan feroz que para coo de muchachos no tenía precio.

Era, sin embargo, el mejor hombre de la tierra; pero, como antiguo soldado, obedecía siempre la consigna y trataba de ejecutarla lo mejor posible; le gustaba divertirse, comía por dos y bebía por cuatro,

—¿Sois vos, Morán?—dijo el joven.—Me habeis sorprendido. No creía encontros aquí.

—Demasiado sabeis que todos los dias paso, si puedo mejor dos veces que una. ¿Y vos, qué es lo que haceis aquí?

—Ya lo veis... Me paseo.

—¿Y vuestra madre?

—No está bien... Brígida y una vecina están con ella.

—¡Excelente y hermosa muchacha es la tal Brígida! ¡Buena y honrada! ¿Es prima vuestra?...

—Sí, y casi tan rica como yo, la pobre.

—¡Bah! ¡El dinero! Habláis de él con demasiada frecuencia... ¡Qué importa el dinero cuando se tiene buena salud?

Y cambiando de conversación el guarda prosiguió:

—La señorita debe estar en estos momentos en los Esarts. No deja de ir ningún día.

Los Esarts es la aldea donde estaba situada la casa de Jaime Fugeret.

Morán añadió:

—¡Qué excelente persona es la señorita Magdalena. Hay muy pocas como ella. El que se case con ella se lleva una alhaja.

—¡Sabe Dios quién será!...

—Su pariente...

—¿El señor de Bures?

—Sí, está muy enamorado y le sobra razón. Este invierno...

Jaime Fugeret se había puesto lívido.

El guarda lo notó.

—¡Diablo, cualquiera diría que os vais á poner malo! ¿Seréis celoso?

Y añadió con maliciosa ironía:

—Y, sin embargo, creo que no pensaréis casaros con ella... Vais á entrar en una carrera en la cual el matrimonio es fruta prohibida...

—¿Yo? ¡Jamás!

—¡Diablo! Así lo dicen, sin embargo.

—¡Jamás!—exclamó de nuevo el joven.

—¡Diablo! ¡Diablo!—repitió Morán.—Me dejáis admirado y más admiradas indudablemente se han de quedar las señoras.

—¡Mejor!

—¿Y qué vais á hacer?

—No lo sé. Veré...

—Un oficio es espinoso de escoger cuando se ha sentado uno en los bancos una docena de años. Yo en lugar vuestro temería el no servir para nada. ¿Y qué es lo que dice el señor cura?

—Nada.

—¡Cuando se lo digáis, vaya un gesto que va á poner!...

—Ya se lo he dicho.

—¡Bah!

—Hace un rato.

—Ya sé cuál es la causa: os gustan mucho las faldas...

—No son las faldas, no son las mujeres—contestó Jaime Fugeret.

Iba á decir: «Es una mujer.» De tal modo los enamorados necesitan hablar de su amor; pero se detuvo.

El guarda le observaba atentamente.

Los hombres acostumbrados á vivir en los bosques tienen á veces una penetración extraordinaria.

Morán, acostumbrado á las tunanterías de los malhechores, espiado como á un zorro, buscaba las causas de aquel cambio imprevisto, y con sus ojos azules parecía buscar hasta en el fondo del alma del joven.

Jaime Fugeret se sonrojó bajo aquella mirada.

—La buena Brígida es una excelente muchacha—insinuó el guarda.

—¡Brígida!—repitió el otro con desdén.

—¡Ah! no es Brígida,—replicó Morán.—Podrías caer en peor sitio.

El antiguo soldado no insistió.

Acababa de ocurrírsele una idea, pero la rechazó casi en seguida por imposible.

¿Acaso Jaime Fugeret había podido tener la audacia de dirigir los ojos hacia su joven señorita?

¡Era imposible! Era, en verdad, completamente absurdo.

De repente sus ojos notaron en las cercanías de la zanja señales recientes de herraduras que habían arrancado la yerba y se habían hundido en la tierra blanda del bosque.

Ahogó un juramento.

—¡Qué imprudencia!—exclamó.—¡No lo ha hecho nunca!... ¡Ha saltado por aquí!

—Sí—dijo el joven,—no hace aun media hora. ¡Se romperá un día la cabeza, y sería una lástima! Capitán es un hermoso animal, pero demasiado fogoso á veces.

Capitán era el nombre del caballo de la señorita de Arvil.

El guarda estaba seriamente enfadado.

Por fin balbució:

—Es valiente como un paje y no quiere escuchar razones.

Y recogiendo la idea de su compañero, añadió:

—Sí, sería una verdadera lástima, porque de su clase, apuesto á que en todo el mundo no hay una docena.

Y dirigiéndose de nuevo á Jaime, le preguntó:

—¿De modo que no sabéis lo que vais á hacer?

—Nó.

—¿Tendréis que buscar algo?

—Claro.

—¿Qué es lo que pensáis buscar? En algo pensaréis.

—En nada.

—Eso es raro.

—Yo no sé por qué me han pagado una instrucción que yo no pedía.

—Y que nos excita las ambiciones.

—¡Quizás!

Llegaban en aquel momento á la verja del castillo.

A doscientos ó trescientos metros, la fachada se levantaba entre un gran número de altos árboles, rodeados de macizos, plantados de begonias rojas y de geráneos.

—¿No entráis, Jaime? — le preguntó el guarda.

—No, ¿para qué?

—¿No quereis ver á la señora?

—No.

—Es verdad, haceis bien; lo que teneis que decirle es poco grato.

—El abate Aselin se encargará de hacerlo por mí.

—La señora — dijo Morán — os podría dar buenísimos consejos, y hasta podría ayudaros á buscar un excelente empleo...

—Más adelante... veremos... Ahora me vuelvo á los Essarts, al lado de mi madre.

—Como querais—dijo el guarda con tono brusco.—¡Hasta la vista!...

Los dos hombres se separaron.

El guarda pasó la verja y se dirigió hacia las dependencias del castillo, preguntándose:

—¿Qué es lo que bulle en esa endemoniada cabeza?

El otro retrocedió y se dirigió por senderos hacia su aldea.

Pero no era en su madre en quien pensaba.

Era en su pasión, en la señorita de Arvil.

Puesto que estaba en los Essarts, él la había de encontrar necesariamente á su regreso en el camino.

¿No era ella la que ocupaba sin cesar su pensamiento?

Desde hacía bastantes años, su rostro no se borraba de sus ojos, la visión constante de aquella cabeza tan pálida, y que tenía sin embargo, una frescura incomparable.

Le causaba palpitaciones súbitas, le hacía estremecer, como á un calenturiento, en cuanto la veía, bien fuese en el paseo ó en la iglesia, ó en sus correrías á través de los bosques, donde ella se dejaba llevar locamente por Capitán, aquel fogoso caballo que causaba miedo hasta al valiente Morán, que, sin embargo, no se asustaba de nada cuando de él se trataba.

En una palabra, Jaime Fugeret estaba loco.

La impresión que la joven producía en aquella naturaleza exaltada y ardorosa, era irresistible é imposible de combatir.

¿Lo sabía ella?

¿Quién podía ponerlo en duda?

Magdalena de Arvil tenía diez y ocho años; tomaba el amor á risa, sin la menor malicia era mujer con el instinto de coquetería innato que tantos encantos les presta; estaba dotada de una inteligencia muy penetrante; ¡y qué muchacha por muy inocente y sencilla que sea no comprende los sentimientos que inspira!

Era, pues, difícil que se le escapase la emoción de Jaime Fugeret, pero aparentaba igno-

rarlo, y en sus encuentros le trataba como á un amigo.

¿No le había acaso conocido muy joven? ¿No era el protegido de sus padres? ¿No había sido recibido cien veces en el castillo acompañado del abate Aselin, su tutor y su guía?

El joven continuaba su camino hacia los Essarts, preocupado con su idea fija y repitiéndose con una obstinación de insensato:

—¡Va á casarse! ¡Está perdida para mí! ¡Perdenerá á otro!

El otro era un hermoso joven de veintiocho á treinta años, muy rico, que apenas se dignaba honrarla con una mirada cuando por casualidad se encontraban juntos en la Forge.

¡Oh! ¡A aquél le odiaba á muerte!

¿Por qué?

Por esta sola causa: Magdalena le amaba, puesto que le aceptaba por esposo.

Además, una vez la había oído decir muy bajito á su prima en el gran salón, al mismo tiempo que le dirigía una mirada distraída, con un acento de burla indecible, como un granujilla de París:

—¡Oh! Ese futuro abate es una sensitiva.

Y los dos habían empezado á reír al mismo tiempo que se decían palabritas al oído, locamente, como dos niños.

Sin duda se burlaban de él, y aquella alma sombría les guardaba un odioso recuerdo.

Roberto y Magdalena se amaban. ¿Por qué no había de tener él poder para separarlos?

Hubiese hecho cualquier cosa por conseguir un imposible.

Salía de una senda para entrar en un ancho camino, cuando se detuvo de repente.

Llegó á sus oídos el furioso galope de un caballo que se dirigía hacia él.

En el sitio donde se encontraba, el camino formaba un recodo.

De repente el caballo, lleno de espuma y desbocado, llegó donde él estaba.

Los estribos le golpeaban los ijares.

Era *Capitán*.

Iba solo.

Los temores de Morán iban, pues, á realizarse.

Había ocurrido un accidente.

El animal había despedido á la amazona.

Al ver á un hombre que le estorbaba el paso, dió un bote de costado, saltó por encima de unas matas como un jabalí perseguido por una jauría.

Jaime Fugeret, en extremo emocionado, se dirigió rápidamente hacia la casa de su madre.

No había andado quinientos metros, cuando un espectáculo terrorífico le heló la sangre.

En una de las cunetas del camino, medio oculta por las zarzas y las altas hierbas, la señorita de Arvil, con los vestidos en desorden, yacía sobre el suelo, inmóvil, inanimada.

El joven se puso de rodillas cerca de ella.

Inclinado sobre aquella cabeza pálida, como la de una muerta, sus ojos se fijaron en ella con una mirada ávida.

Ya no temblaba en su presencia.

No podía verle.

Sus ojos estaban cerrados; ni el menor soplo pasaba entre sus descoloridos labios.

En la caída que la había precipitado sobre el suelo, el sombrero se había aplastado.

Sus rubios cabellos, desatados, se enroscaban

alrededor del cuello y se esparcían por los hombros.

Jaime Fugeret los separó con mano temblorosa.

La frente había dado contra una piedra.

La piel estaba desgarrada y amoratada.

La sangre manchaba aquella frente de mármol en el nacimiento de los cabellos.

El joven permaneció un instante absorto en aquella contemplación, preguntándose qué era lo que debía hacer, de dónde podría venir un socorro, teniendo algún sentimiento de piedad y queriendo con todas sus fuerzas volver á la herida á la vida.

El sitio donde se encontraba estaba lejos de toda habitación.

Hasta la aldea de los Essarts, la más próxima de todas, había cerca de una media hora de camino, y el castillo estaba aun más alejado.

Sin embargo, era preciso hacer algo.

Jaime Fugeret se levantó y paseó su mirada por todas partes, estremeciéndose al ver que nadie podía auxiliarse.

No sabiendo qué resolver, contempló de nuevo á la señorita Arvil, sumida en un desvanecimiento parecido á la muerte, ¡quizá muerta!

¿Qué hacer?

Timidamente primero, con más seguridad y valentía después, arrancó los corchetes que cerraban el cuello del traje de la señorita Magdalena.

Desabrochó el corsé, y entonces la blancura mate del cuello y de la garganta le produjeron un desvanecimiento.

—Colocó su mano sobre el pecho y sintió el corazón latir debilmente.

¡Vivía!

Un sudor frío humedeció la frente del miserable.

Dirigió alrededor de él y en todos sentidos asustadizas miradas.

Una horrible tentación acababa de surgir en su cerebro y una demencia eriminal se apoderaba de todo su ser, produciéndole el vértigo.

La idea atroz á la cual hacia alusión cuando contestaba al excelente cura de Saint Jean-du-Deserts, cuando éste le preguntaba si conocía algún medio para hacer fortuna: ¡Lo tengo! Se abría paso de nuevo en su cerebro, y la casualidad le ofrecia la ocasión de realizarlo.

Aquella era una infamia de antemano premeditada en sus noches de insomnio, una cobardía sin nombre, uno de esos actos que aplastan con su peso una existencia entera, aunque dure un siglo.

Però es preciso decir la verdad.

A menudo, y sin experiencia de las cosas del mundo y de la vida, en sus insensatos y culpables sueños, y en la exaltación de la pasión exasperada que había concebido por la señorita de Arvil, pasión tanto más peligrosa para el cuanto que era la única, comprimida con gran energía, puesto que ningún confidente conocía el secreto, se había dicho que si se hallaba á solas con ella un día, una hora, un instante fugitivo, habría entre ellos un lazo, y este lazo sería imposible de romper.

Era un cálculo falso y despreciable.

Però era también la ilusión de la cual era

juguete, el sueño que trabajaba durante las noches, que le perseguía en pleno día, su pensamiento constante, el espejismo que turbaba su razón.

En el momento en que la encontraba desmayada á sus piés, herida en la cabeza, sin poderse defender, el feroz deseo que le inspiraba desde hacia tanto tiempo, que le sacudía de piés á cabeza como un temblor de tierra.

Cada vez que la veía corriendo á través de los bosques, con la libertad de una niña que, no habiendo jamás hecho daño, no tiene nada que temer de nadie, se encendía, y doblándose por los celos furiosos que sentía por el otro, por el joven Roberto de Bures, del cual era prometida y con el que se casaría, porque era rico, porque poseía un título y porque pertenecía á la misma sociedad que ella, mientras que el, Jaime Fugeret, no era á sus ojos más que uno de esos pobres seres que no sirven para nada, un rústico educado por caridad, condenado á llegar á ser uno de esos pobres curas olvidados en el fondo de los campos, demasiado feliz por haber obtenido una parroquia de aldea con el pequeño sueldo, que les permite vejetar en un rincón ignorado.

Pues bien, no, aquel rival no la poseería.

Y si lo lograba, sería deshonorada, marchita.

Jaime Fugeret había sin duda retrocedido ante un acto de audacia, ante una violencia que, sin embargo, le parecía demasiado fácil, cuando comparaba á aquella joven tan débil en apariencia, tan delicada, tan frágil, con el hijo del obrero, de músculos tendidos como cuerdas, de vibrantes nervios y espaldas de acero.

Pero la suerte se la ponía entre sus brazos, inerte, insensible, ciega y muda, incapaz de lanzar un grito y hasta de saber qué malhechor iba á cometer tan odioso crimen.

Es preciso mucho tiempo para describir estos bulliciosos é infames pensamientos, impetuosos como la lava de un volcán ó el agua de los torrentes aumentada por la tempestad.

Pero basta con un momento para concebirlos, comprenderlos y discutirlos.

En el alma de Jaime Fugeret no tuvieron más que la duración de la mirada, por la cual se aseguraba de la soledad de aquella parte del bosque.

No vió á nadie en todas direcciones.

La horrible tentación le empujaba hacia adelante.

Una llama roja pasó por delante de sus ojos. Su locura se hizo furiosa.

¡Todo había terminado!

Cuando volvió en sí, atontado, avergonzado, asustado por su audaz cobardía, el bosque estaba tan silencioso como antes.

Entonces el criminal tuvo miedo.

Quizás la joven no se volvería á despertar.

La sacudió con suavidad y la llamó, murmurando su nombre en sus oídos con voz ahogada.

La joven no contestó.

Un pequeño lago se hallaba á alguna distancia del borde del camino.

Se acordó y se dirigió hacia él.

Pero en el momento en que se inclinaba para coger agua en sus manos, el charco, iluminado por un rayo de sol, reflejó su rostro como un espejo.

Retrocedió de un salto.

Su aspecto era horrible. Se asustó de sí mismo. Sus rasgos eran los de un bandido, viles y convulsos como si el crimen que acababa de cometer le hubiese señalado para siempre con una marca imborrable.

Sin embargo, volvió y cogió agua, con la cual mojó el rostro de la señorita de Arvil con un movimiento de cólera contra sí mismo.

Y en seguida se volvió á arrodillar á su lado, cogió una de sus manos y la llevó á sus labios.

Pero al mismo tiempo escuchaba.

Hacia el castillo se oyó un ruido de ruedas y el galope precipitado de un caballo que se acercaba á toda velocidad.

Poco después no pudo tener la menor duda.

Acudían en socorro de la señorita de Arvil. Capitán había llegado al castillo y entrado en el patio sin su joven dueña y había alarmado á todo el mundo.

Había pues anunciado por sí mismo el accidente del cual era él la causa.

Magdalena era adorada por todo el mundo.

¿Y cómo no?

El coche llegaba con tal velocidad que el criminal debió pensar en la huida.

Al mismo tiempo que estaba vuelto hacia el punto por donde se oía el ruido, conservaba entre las suyas una de las manos de la víctima y le pareció que acababa de estremecerse.

En efecto, la joven se agitó convulsivamente.

El ahogó un grito de sorpresa y miró el rostro de la señorita de Arvil.

Abrió los ojos.

Estrañados, vagos aun, con una expresión de temor se fijaron en los de Jaime Fugeret, tan dulcemente, que murmuró en un acceso de remordimiento y de vergüenza estas palabras apenas inteligibles.

—¡Perdón!

Y al mismo tiempo, saltó por encima de la maleza, como una fiera y desapareció.

La herida había vuelto á caer en su desfallecimiento y en su inmovilidad.

No había hecho más que entrever al hombre que debía causar la desgracia de toda su vida, más que como á los fantasmas que se ven en sueños.

El ruido del coche, oído por Jaime Fugeret, no estaba lejos; algunos segundos después el carruaje llegaba al recodo del camino y se detenía al lado de la que venía á buscar.

Después de haber dado algunos pasos por la espesura, el culpable, impulsado por la curiosidad, volvió sobre sus pasos con las precauciones de un malhechor que teme ser sorprendido, y se escondió entre la maleza, que le ocultó, hallándose á muy poca distancia de la cuneta en la cual la señorita de Arvil se hallaba tumbada.

He aquí lo que vió desde su observatorio:

La condesa, acompañada de dos hombres, de los cuales uno era el jardinero, y el otro Martín Morán, el guarda, se precipitaba, llorando, sobre su hija, la estrechaba entre sus brazos y la llamaba con tiernos nombres que Magdalena no oía.

Sin embargo, poco después, reanimada por el calor de los besos de su madre, por las sales violentas que la hacían aspirar, por los mil

cuidados que la prodigaban, la desgraciada pareció salir de un verdadero letargo y recobró el conocimiento.

Sus ojos, sin expresión al principio, parecieron buscar á alguien que extrañó no encontrar.

Aquel alguien era Jaime Fugeret, á quien había entrevisto minutos antes.

¿Por qué había huido?

¿Dónde estaba?

Y casi en seguida, al recobrar el conocimiento, se sintió invadida por un temor confuso, un terror vago, que la oprimía el corazón.

Y de repente, presa de un terror creciente, empezó á derramar lágrimas, cruzó sus brazos alrededor del cuello de su madre, y bajito, y muy cerca del oído para que solo ella pudiera oirlo, con voz quejumbrosa, con la misma que emplearía un niño enfermo, murmuró:

—¡Mamá, tengo miedo!... ¡Pronto! ¡Vámonos!...

III

Después del crimen.

Cuando el coche que llevaba á la señorita de Arvil desapareció en el recodo del camino, Jaime Fugeret se decidió á abandonar el escondite desde donde había visto todo, y se acercó á la cuneta de donde acababan de levantar á su víctima.

Su rostro estaba pálido; sus dedos se agitaban convulsivamente; pero ya no era de deseos por satisfacer una pasión furiosa, era una

30552

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año 1925 MONTECERTE, MEXICO